

El Ultimo Mártir Patriota de 1819

Por MANUEL JOSE FORERO

Para los colombianos de hoy ha sido muy fácil informarse acerca de la campaña realizada por el Libertador, que culminó en el Puente de Boyacá. Ninguno de los sucesos preparatorios de aquella acción de armas ha quedado en silencio, atendida la muchedumbre de los testigos y la multitud de papeles que la han decorado.

Pero es preciso pensar unos momentos en la incertidumbre que pesó en el espíritu de los granadinos de 1819, durante los meses que presenciaron el avance de Bolívar. Incertidumbre fundada en la escasez de noticias dotadas de verdadera autoridad, puesto que ni realistas ni patriotas poseían fuentes a donde acudir para satisfacción de su justa curiosidad y sosiego de su conducta.

Los habitantes de las ciudades mayores y los vecinos

de las diminutas aldeas ignoraron entonces a ciencia cierta, precisamente aquello que les importaba conocer.

Debemos observar y anotar esto en los renglones que estamos escribiendo, pues de otro modo no podría darse importancia al relato que veremos en breve.

Para cuantos aguardaban de las numerosas tropas realistas que se hallaban en la provincia de Tunja la seguridad del triunfo final del Rey, fueron de expectativa los meses de junio a agosto del citado 1819. Pocos, muy pocos labriegos de aquel distrito, pudieron darse cuenta del progreso de los legionarios republicanos provenientes de las llanuras orientales.

En cuanto a los patriotas sometidos severamente por espacio de tres años al horror de las denuncias traidoras, a la violencia de los tri-

bunales de purificación y al horror de los patíbulos diarios, quizás nada lograron conocer sobre Bolívar y sus soldados en las semanas anteriores de modo inmediato al 7 de agosto. Tal vez, algún llanero pudo llegar a los ranchos esparcidos en las rugosidades de la cordillera afligida por el Páramo de Pisba, y relatar en voz muy baja, a sus azorados oyentes, cómo en próximos días llegarían a sus ateridos poblados los soldados propios de aquella sigilosa invasión.

Culminó ella sobre las aguas del río Teatinos, el 7 de agosto de 1819, que le dio libertad a la Nueva Granada.

o o o

Debemos trasladarnos ahora a una humilde población llamada Nare, para conocer en su plaza más sencilla un grave suceso.

Cuando llegó la tarde del 20 de agosto siguiente detuvieron sus cabalgaduras algunos soldados españoles fugitivos de la derrota en el Puente de Boyacá.

Muchas jornadas habían cumplido antes de buscar asilo en ese pequeño puerto del río Magdalena.

Tenían borrosa conciencia de los alcances del triunfo

del Libertador, pues no disponían de elementos para precisar y definir los resultados de la batalla de Boyacá; pero no ignoraban que corrían peligro si eran descubiertos en los lugares por donde pasaran en busca del puerto final de Cartagena.

Trece días después de la derrota realista en los abundantes campos de Boyacá llegaron tales fugitivos a Nare. Dudaban en cuanto a la posibilidad de su permanencia en el poblado, pero les era preciso arriesgarse.

Así lo hicieron. Y lo primero que realizaron fue despojarse de las señales que permitieran su identificación como oficiales y soldados del Rey.

Al entrar al poblado transitaron en él como simples viajeros que buscaban descanso y refrigerio, no solamente para ellos sino para sus fatigadas cabalgaduras. Muy pronto se acercaron al grupo que formaban, algunos vecinos del lugar, para ofrecerles su ayuda, con la buena voluntad tradicional en la Nueva Granada.

Al sitio indicado no había llegado la noticia sobre la derrota realista del 7 de agosto.

En tales circunstancias y del modo más ingenuo que pueda suponerse, el alcalde José María Hoyos se manifestó fervoroso patriota delante de los viajeros, ignorando la verdadera identidad de quienes acababan de llegar. Y cuando estos se dieron cuenta del patriotismo de cuantos los rodeaban, se apresuraron a señalarse como dueños del campo.

Entonces sí declararon en forma vehemente su positiva condición de soldados y oficiales del Rey Fernando Séptimo.

Y sin perder momento efectuaron una pantomima de Consejo de Guerra y condenaron a muerte al citado alcalde y a un labriego de Honda que había manifestado con exaltación sus sentimientos de patriota. No sabemos su nombre.

Los fusilaron a ambos sin atender a sus clamores y a

sus peticiones de piedad. E intimaron a todos los circunstantes para que no se atrevieran a contradecir lo realizado en servicio del monarca de Madrid.

Varias horas permanecieron los ejecutores en el puerto atemorizado y silencioso. Luego partieron.

Habían agregado dos nuevas víctimas a los cadalsos de Morillo y de Sámano. Y un nombre más a la lista glorificada de los fundadores de la República.

o o o

El oficial realista Sebastián Díaz dejó constancia de lo que acabamos de relatar, dentro de su hoja de servicios al Rey. Esa constancia fue recogida muchos años más tarde por el historiador Juan Friede, y de ella nos hemos servido para ofrecer esta página.